

¿Socialdemocracia sin socialdemócratas?

¿Cómo puede recuperarse la izquierda?

Neal Lawson

The New Statesman, 13 mayo 2016

El laborismo británico ha sufrido otra serie negativa de resultados electorales. Pero el fracaso del laborismo no es problema de Corbynistas o Blairistas. La socialdemocracia está en crisis en todo el mundo: barrida en Grecia, fracasando en el gobierno en Francia y en retirada en casi todos los demás lugares. En ningún país están los socialdemócratas en primera línea desde el punto de vista ideológico, programático u organizacional. La crisis no es cíclica, sino existencial, y se deriva de profundas transformaciones culturales y tecnológicas que dejan sin espacio a todos los partidos socialdemócratas. La socialdemocracia, o la convicción de que un partido, en una nación, sobre todo a través del estado puede configurar un sistema que favorece los intereses del trabajo sobre los del capital, está muriendo como práctica política. Está a punto de unirse al “comunismo” como término político que solo tiene relevancia histórica.

Pero, de hecho, un mundo que sea tanto social como democrático es una necesidad más urgente que nunca. Desde los bancos de alimentos a las inundaciones, casi nunca ha sido más necesario u obvio que lo social debe tener prioridad sobre lo privado. Y en todas partes la gente está buscando nuevas respuestas y nuevas maneras de realizar por un lado su común y compartida humanidad, y por otro, la supervivencia del planeta. La democracia abunda, pero no en nuestra farsa de sistema bipartidista. Esto explica el ascenso de nuevos partidos y tantos movimientos on- y offline. La frustración es que queremos un modo de vida que es profundamente social y radicalmente democrático, pero la socialdemocracia como práctica política y los socialdemócratas como credo político carecen, quizá definitivamente, de la capacidad o voluntad para afrontar los desafíos del siglo XXI.

Este breve ensayo trata de comprender el ascenso y la caída de la socialdemocracia; de contemplarla no como “la norma” a la que se ha de volver cuando el laborismo, con los líderes adecuados, gane el número preciso de escaños, sino como un pico temporal hecho posible por un peculiar alineamiento de fuerzas tras la II Guerra Mundial. Posteriormente describe el hostil terreno que ha reemplazado al benigno contexto de la posguerra, que por un tiempo llevó al poder a los socialdemócratas. Y concluye esbozando los cuatro retos que los socialdemócratas deben afrontar con tal de tener un futuro:

0. Visión y sociedad justa más allá del turbo-consumo
1. Globalización y necesidad de controlar al capital más allá de las fronteras
2. Cultura y necesidad de dejar actuar y confiar en la gente
3. Acción y necesidad de construir nuevas alianzas por el cambio

El final de la película *El show de Truman* puede servir de referencia cultural para el desafío existencial que afrontan los socialdemócratas: A lo largo del film Truman empieza a sospechar que el mundo no es como se lo han explicado. Finalmente, se lanza en su pequeña barca a descubrir qué existe realmente más allá del horizonte. Los productores del programa provocan una tormenta simulada para tratar de obligarle a volver a su segura pero irreal vida. Truman, sin embargo, continúa hasta que choca con los muros del gigantesco plató, que había constituido la totalidad de su artificial vida hasta ese momento. Fuera le aguarda un nuevo mundo, el mundo real. Los socialdemócratas deben tener el coraje y la ambición de ir más allá de los viejos modos de pensar y trabajar, para ayudar a crear un nuevo futuro. O si no afrontarán un constante declive que acabará por llevarles al olvido. Porque, a diferencia de Truman, no tienen un puerto seguro al que volver. Costumbres electorales arraigadas y hábitos mantendrán a algunos partidos socialdemócratas a flote de manera transitoria. Es posible que cuando la derecha meta la pata estrepitosamente incluso puedan volver al poder, pero en ningún caso tendrían la fuerza para mantener a raya al neoliberalismo, y mucho menos para transformar la sociedad. Estos serán los mejores momentos para los socialdemócratas en una caída hacia la irrelevancia que ya están experimentando.

El argumento clave es este: queremos y necesitamos un mundo profundamente social y radicalmente democrático, pero la praxis de los socialdemócratas, su estatismo y tribalismo/sectarismo, su obsesión por mandar y controlar, su énfasis en el crecimiento y su falta de voluntad para construir nuevas instituciones globales chocan con un *zeitgeist*¹ que demanda pluralismo, complejidad, localización y globalización y una sociedad que busca una equidad mucho mayor pero que es incompatible con el consumo sin fin. Hoy la socialdemocracia como práctica política no puede hacer frente a los desafíos de crear un mundo socialdemócrata para el siglo XXI. Por tanto, ¿podemos tener una socialdemocracia sin socialdemócratas? Es más, ¿debemos tenerla?

1 Espiritu de la época

La pérdida de todo

Los socialdemócratas son producto de las fuerzas nacionales e industriales del siglo pasado, que han sido sustituidas por fuerzas globales y postindustriales totalmente contrarias a aquellos. Están en retirada, no porque sus líderes no den la talla, o porque los medios de comunicación les maltraten, sino porque las condiciones materiales y culturales que disfrutaron en su apogeo, a mediados del siglo XX, han sido reemplazadas por fuerzas y una cultura que ataca las raíces de su credo.

En 1979 el historiador marxista Eric Hobsbawm escribió su famoso libro *The Forward March of Labour Halted*². Algunos equivocadamente pensaron que el argumento de Hobsbawm era que la marcha se había frenado ese año, en gran medida porque coincidió con la llegada de la Sra. Thatcher al gobierno y al poder. Pero lo que Hobsbawm detectó fue que la clase trabajadora que constituía la base del laborismo, que durante largo tiempo se creyó sería la clase en expansión y algún día universal, había de hecho empezado a reducirse ya en 1945. Por tanto, en la cima del triunfo laborista, la mayor fuerza de los socialdemócratas, su base de clase unitaria, había empezado a erosionarse.

La clase trabajadora había dado a los socialdemócratas vigor cultural y organizacional. Era una experiencia industrial común, con comunidades y aficiones compartidas. En la terminología marxista formaba una clase en y para sí misma. Esto es, tenía conciencia de sus circunstancias y necesidades. Esta clase trabajadora, en su gran mayoría empleada en fábricas que practicaban el fordismo, y las líneas de montaje en las que cada persona tenía su lugar, no solo daban al laborismo votos y dinero, sino también un sistema burocrático y tecnocrático de gobernanza. La socialdemocracia podría acceder a los “white collars”³ y a la planta de dirección. Igual que Lenin definía el comunismo como soviets más electrificación, la socialdemocracia podría definirse como clase trabajadora, más burocracia y tecnología.

Esta denominada “edad de oro” para los socialdemócratas, a grandes rasgos entre 1945 y 1975, también fue posible por lo que la había precedido, la experiencia de la depresión de los años 30 y la guerra que siguió. Nadie quería volver en 1945 a la miseria y precariedad de los 30 y la solidaridad de la guerra mostró qué podía hacerse cuando realmente “todos vamos en el mismo barco”. Y tal como Jeremy Gilbert argumenta, el laborismo estaba a cargo del país ya antes de 1945; solo pasó de gestionar la coalición doméstica de la guerra a gobernar todo el país. Por ello, el inicio de la Edad de Oro estaba lista.

Finalmente, estaba la amenazante presencia de la Unión Soviética. Hoy en la política mundial se enfrentan modalidades del capitalismo y religiones diferentes. Pero en los inicios de la Edad de Oro había una alternativa viva y en expansión al capitalismo, el comunismo. Actualmente es casi imposible imaginar el efecto del socialismo realmente existente en el reequilibrio de las fuerzas de la posguerra en favor del trabajo y contra el capital. Los propietarios del capital estaban aterrados ante la posibilidad de que estallara una revolución en occidente cuando las fuerzas armadas volviesen a casa del frente. A lo largo de los años 60 se presentía que la planificación soviética iba a superar a los mercados libres en términos de productividad.

¿Fin de la lucha?

Pero este alineamiento de clase, gobernanza y Guerra Fría hizo creer erróneamente a los socialdemócratas que la batalla con el capital había acabado, no de manera temporal, sino definitiva. La biblia de esta era revisionista fue *The Future of Socialism* de Tony Crosland y la creencia de que una economía mixta se había impuesto para siempre, y que la única cuestión política era el grado de redistribución de los avances del inagotable crecimiento. Además, los socialdemócratas interpretaron equivocadamente los éxitos del pacto de la posguerra en gran medida como mérito propio, y no como fruto de ese alineamiento de clase, tecnología y política global. Solo era cosa de Mr. Atlee⁴ y no del contexto; del surfero, no de la ola.

Pero cuando el contexto cambió los socialdemócratas no lo hicieron. Bajo la superficie de esta era de aparente consenso permanente, los factores que habían dado tanta fuerza a los socialdemócratas e hicieron posible la Edad de Oro se estaban debilitando dramáticamente. Cuando el fordismo fue sustituido por el post-fordismo y la industria fue desmantelada y reemplazada por el sector servicios, las identidades de clase se volvieron mucho menos rígidas, obvias y evidentes. A medida que las fábricas cerraban los sindicatos perdieron mucha fuerza, igual que los recuerdos de la guerra y la depresión. Y como preludio de la caída soviética, se alcanzaron los límites del cambio a través del estado burocrático. Finalmente, por supuesto, la amenaza del comunismo como vibrante desafío al capitalismo se había desvanecido mucho antes de 1989.

² La detención del avance del laborismo

³ “cuellos blancos” o empleados

⁴ Clement Atlee, líder del Partido Laborista entre 1935 y 1955 y Primer ministro del Reino Unido entre 1945 y 1951.

Pero los socialdemócratas actúan como si una nueva Edad de oro, o al menos su predominio electoral, siguiera siendo posible, con tal de tener los líderes adecuados y acertar en sus políticas. Ambos factores importan, pero los líderes son como surfers; necesitan una ola que les impulse. La ola de la socialdemocracia ha tenido vaivenes. Y los viejos resortes del estado se han oxidado y se han desconectado de la sociedad.

Un nuevo y hostil terreno de juego para los socialdemócratas

Pero la cuestión no es solo que el motor socialdemócrata se haya parado. En su lugar han surgido una serie de fuerzas que son radicalmente contrarias al proyecto socialdemócrata.

En primer lugar, mientras los socialdemócratas se solazaban en su pacto de la posguerra, el capitalismo se hizo global y cruel. La globalización significaba que las fronteras nacionales, con ellas las políticas nacionales, y por tanto también la negociación por parte de los sindicatos, perdieron fuerza. El capital podía moverse a los lugares donde impuestos y salarios fuesen los más bajos. Esto no quiere decir que no se pueda hacer más a nivel nacional, pero las dificultades son obvias y cada vez mayores. De la elusión fiscal de Google al cambio climático, el futuro de la política debe ser global, pero la política socialdemócrata ha seguido siendo de vocación expresamente nacional.

Hoy los traders y los mercados de bonos mandan sobre los políticos. Este alejamiento de la política respecto del poder condiciona severamente la acción de los socialdemócratas, aun cuando ganen elecciones. Desde 1981, de Mitterrand en adelante, han estado a la defensiva. La crisis de los socialdemócratas llegó a ser tan desesperada que el New Labour impulsó una creciente financiarización como principal vía para generar nuevos ingresos destinados a sus proyectos de gasto. Este pacto con el diablo implicaba que a corto plazo esto podía dar resultado solo hasta que, fatalmente, las grandes libertades que se dieron a la City para maximizar su beneficio hundieron al conjunto del sistema en la crisis y la edad de la austeridad. A largo plazo, ensanchando el hueco entre la política y el poder corporativo, la primacía dada a la City minó la capacidad de los socialdemócratas de volver a gobernar de manera realmente eficaz.

La otra consecuencia de este viraje global ha sido, por supuesto, que ha agudizado la exigencia de vuelta a una política desafiantemente local y nacional. Lo vemos en Escocia con el SNP y, por supuesto, con UKIP. El tirón emocional de esta política es real y ha de ser abordada, pero no creyendo que el capital ahora puede ser humanizado únicamente a nivel nacional y local.

Pero el capital no solo se globalizó; resultó infectado además por el virus del neoliberalismo, un agresivo tipo de capitalismo que sistemáticamente trató de erradicar toda alternativa a su visión del mercado libre. Mientras que los socialdemócratas seguían creyendo y actuando como si el pacto de la posguerra fuera a ser eterno, los neoliberales se pusieron a dismantelar con éxito todos los elementos de aquel pacto. Se valdrían especialmente del estado para erosionar los lugares y espacios en los que el bien común podía arraigar. La privatización no se dirigía solo a empresas obsoletas, sino también a nuestras mentes, ya que nuestra identidad como consumidores individualistas está configurada para una vida en la que compramos cosas cuya necesidad ignorábamos, con dinero que no tenemos, para impresionar a gente que no conocemos.

A su vez, este turboconsumo tiene un impacto enorme en el medio ambiente. Hoy estamos al borde de un cambio climático desbocado, pero los socialdemócratas siempre han prometido una política de “más”: más riqueza material para “su gente”. Para los socialdemócratas la pantalla plana de TV del trabajador nunca puede ser lo bastante grande si la del patrón es aún mayor. Por tanto, tienen poca idea de los límites planetarios del crecimiento. Últimamente tratan de cuadrar el círculo refiriéndose al “crecimiento verde”, pero esta es una hoja de parra con la que pretenden encubrir más consumo cuando el planeta simplemente no puede soportarlo.

Mientras que muchos socialdemócratas rechazan una agenda anticonsumista como coto de las clases medias, el cambio climático arruina la vida de la gente pobre: inundaciones, hambrunas, contaminación atmosférica... Al mismo tiempo, una sociedad basada en el turboconsumo rompe cualquier vínculo social de solidaridad y empatía porque es, por definición, egoísta y competitiva. El turboconsumo mata el bien común y, con él, las esperanzas de los socialdemócratas.

De la simplicidad a la complejidad

La última cuestión es la de la cultura de gobierno. La Edad de Oro fue una era de deferencia, paternalismo, burocracia y jerarquía. La sociedad y la vida eran más seguras, pero también estaban más reglamentadas y condicionadas. En parte por esto, a partir de los años 60 la gente ansiaba ser más liberada y liberal. El trabajo y la vida empezaron a ser menos predecibles y más abiertos. La revolución digital, las redes sociales y el giro hacia una sociedad en red están revolucionando actualmente nuestra manera de mirar, pensar y actuar. El mundo se ha convertido en algo plural, complejo, disperso y diverso.

Pero la cultura de la socialdemocracia se ha estancado en una mentalidad de arriba abajo, estatista y de elite. El pack que planteaba su oferta implicaba que tú elegías un gobierno socialdemócrata, que te hacía cosas y trabajaba

para ti, a cambio de lo cual tú lo agradecías y les volvías a votar. El partido era una mera máquina cosechadora de votos en una política de reparto sin fin. Es un credo que no puede compartir con otros partidos progresistas; ni siquiera se puede tolerar a estos, porque suponen un obstáculo para el control del estado y, en consecuencia, para la capacidad de actuar. Cada persona que no esté a favor de este proyecto está, por definición, en contra de él.

Pero una era definida por la producción en línea en la fábrica, con su orden, estructura y jerarquías, da paso ahora a una era definida por Facebook, en la que nos conectamos con quien, cuando y como queremos. Nos integramos en múltiples grupos y tenemos lealtades más flexibles; es un mundo de enormes posibilidades y grandes amenazas, pero guste o no es el mundo en el que vivimos ahora. En este mundo la singularidad de un partido que tiene todas las respuestas debe dar paso a la complejidad de un futuro que será negociado entre una variedad de fuerzas, y no será impuesto.

Pero este giro inevitable e inexorable hacia la complejidad debilita aún más la complicada situación de los socialdemócratas; en primer lugar, en términos de la propia democracia. La crisis de la democracia que afrontamos es la crisis de la democracia representativa. No hay una clase a la que representar y tampoco un estado fuerte ante el que representarla. Hay cada vez más personas que no necesitan o no quieren que las representen: lo pueden hacer por sí mismas. La privilegiada situación de los socialdemócratas para ser los paladines del pueblo se acabó y nunca volverá.

En segundo lugar, en ningún ámbito es esta transformación más urgente que en el mundo del trabajo, donde la confluencia de las diferentes ramas de la tecnología amenaza con cambiar radicalmente cómo y dónde trabajamos, o incluso si lo hacemos o no. Se discute el alcance de este fenómeno, con cifras que van del 10% al 46% de empleos que se perderán debido a la convergencia de inteligencia artificial, robots, algoritmos avanzados, big data⁵ e impresoras 3D, pero se está produciendo una dramática transformación de los mercados de trabajo. En este sentido los socialdemócratas se ven en un tremendo apuro: defender un empleo que probablemente se vaya a perder, pero que puede ser terrible, en extremo grado físico y rutinario, aunque sea a cambio de un salario que permite vivir. Los socialdemócratas parecen Kodak en un mundo de Instagram. La franquicia socialdemócrata del Reino Unido es la primera en la línea de fuego, aunque solo sea porque se denomina a sí misma el “partido del Trabajo”.

El interregno

La escala universal de la crisis, aunque sus efectos sean desiguales, nos dice que algo grave está ocurriendo. La crisis se manifiesta en la pasokificación en Grecia, el ascenso de Podemos y la relativa caída del PSOE en España, el escaso y moribundo apoyo del SPD en Alemania, el débil gobierno de los socialistas franceses, e incluso en la crisis de la socialdemocracia en los países nórdicos. En el Reino Unido la crisis se refleja por un lado en la hegemonía del SNP en Escocia, que sustituye al laborismo como partido de izquierda, y por otro, en el extraordinario ascenso de Corbyn el año pasado en su seno -una especie de pasokificación interna-, que, junto con la revuelta de Bernie Sanders en EEUU revela la bancarrota de la socialdemocracia. Pero ninguna de estas rebeliones internas ha logrado aún romper de manera significativa con un proceso esencialmente socialdemócrata. Es cierto que se pone mayor énfasis en los movimientos sociales, pero la prioridad sigue siendo el proceso legislativo. Incluso la socialdemocracia de extrema izquierda está fatalmente corroída por el giro que ha sufrido la situación entre el siglo XX y este.

Pero el momento exige un vuelco hacia una sociedad muy diferente. Por primera vez desde los años 30, el capitalismo no vale para una gran y creciente parte de la población. Se carga a los jóvenes con deudas universitarias gigantescas, un coste de la vivienda imposible y pocas perspectivas de un empleo bien pagado y seguro. El precariado, las personas que subsisten a duras penas con empleos de cero horas⁶, la economía de los empleos a salto de mata y las prestaciones residuales, se está convirtiendo sin cesar en una nueva clase emergente, pero sin representación. Y más arriba en la escala de ingresos, empleos externalizados, declive del trabajo profesional, demandas para consumir cada vez más y la ansiedad e inseguridad que esto provoca... Todo ello convierte en cuestiones políticas elementos del grueso del electorado que estaban fuera del alcance de los programas socialdemócratas tradicionales. Si a esto se añade otro crash financiero y más desastres climáticos, se obtiene un potente cóctel al que podría recurrir una nueva izquierda democrática, de igual manera que podría hacerlo una derecha autoritaria y populista.

Por suerte hay un estado de ánimo más esperanzado y optimista al que apelar. Impulsado por la misma tecnología

⁵ Almacenamiento de grandes cantidades de datos y procedimientos usados para encontrar patrones repetitivos dentro de esos datos. El fenómeno del *Big Data* también es llamado datos a gran escala.

⁶ En el denominado **zero-hour contract** (contrato de cero horas) el empleador no está obligado a dar un mínimo de horas de trabajo, y el trabajador puede firmar un acuerdo para estar disponible cuando haga falta, de manera que no se especifica ni el número de horas ni los horarios de trabajo. Se emplea con frecuencia en la agricultura, hoteles y colectividades, educación y sanidad.

que liberó al capital, está surgiendo un creciente sentido de un nuevo ethos colectivo. La sociedad en red no es perfecta y tiene sus aspectos negativos, pero el gran peso de nuevas iniciativas, campañas y empresas on- y offline indica las posibilidades de nuevas solidaridades en un mundo digital. Desde las nuevas cooperativas a las empresas sociales, la economía colaborativa, la economía P2P (entre usuarios), los nuevos partidos (como Alternativet en Dinamarca y Women's Equality Party en el Reino Unido, de los cuales podemos aprender mucho), a las campañas masivas por internet, activistas de base preocupados por la vivienda y los espacios públicos y el desarrollo de ideas de políticas de transformación nuevas, como una jornada laboral más reducida, la renta básica y la devolución y democratización radical del poder estatal... todas estas dinámicas y otras se prestan a una nueva Edad de Oro. En términos gramscianos clásicos estamos en un interregno, definido por el hecho de que “lo viejo todavía no ha muerto y lo nuevo no acaba de nacer”.

El desafío de la modernidad

Pero no serán los socialdemócratas los agentes políticos que puedan combinar temor y esperanza en un nuevo trato político, a menos que cambien dramáticamente. Hay cuatro cuestiones fundamentales a este respecto.

El primer reto es redefinir el significado de la sociedad justa. Los socialdemócratas deben valorar la calidad postmaterial de los asuntos vitales, no solo los materiales y la cantidad de consumo. En lugar de referirse a más objetos, los socialdemócratas tendrán que ser convincentes acerca de aumentar otras cosas: más tiempo, espacio público, aire limpio, comunidad y autonomía. Esto implica una política de límites a la jornada laboral, de democracia en el centro de trabajo y propiedad, renta básica y controles estrictos al carbono; esto es, decrecimiento, no crecimiento teñido de verde.

El segundo desafío es un giro radical en términos de internacionalismo. Si el capitalismo ha superado fronteras nacionales, a la socialdemocracia no le queda otra salida que ir por esa vía. Los socialdemócratas tienen que regular y controlar los mercados allá donde perjudiquen a la gente o al planeta. Ciertamente, eso es difícil, y también supone ceder parte de la soberanía nacional. Pero en realidad hace tiempo que esa soberanía se ha acabado. La política en torno a esta cuestión arrancaría a nivel europeo, en torno a temas como salarios mínimos continentales, o mejor aún, la renta básica, fondos solidarios para migrantes y fiscalidad armonizada para las corporaciones. En definitiva, se necesitan nuevas instituciones globales que puedan contribuir a la socialización de las corporaciones multinacionales y las finanzas internacionales. Se hizo en Bretton Woods para apuntalar la Edad de Oro, y podría ser más que factible en la era de internet; de hecho, debería ser así.

El tercer reto es cultural. Los socialdemócratas deberán renunciar a considerarse como la única voz progresista. Ya no caben las vanguardias electas que, aun con buena voluntad, hacen cosas a la gente, no con ella. Los socialdemócratas van a tener que conocer su nueva ubicación, que es solo una de las fuentes, aunque sea importante, de empoderamiento para los ciudadanos globales y en red. Esta es una opción estratégica crítica que debe hacer el laborismo. ¿Busca llegar al poder ocasionalmente, cuando la derecha meta la pata, para administrar la sociedad, pero no para cambiarla? ¿O trata de construir un nuevo consenso que sea negociado en cooperación con otros partidos y fuerzas: una alianza progresista? Una tienda de campaña única que abarque todo, como el New Labour, es inviable en una época de austeridad y de crisis económicas. La única opción es un camping en el que quizá el laborismo monte la tienda más grande, pero que solo tiene sentido entre una variedad más amplia de voces y fuerzas progresistas.

La complejidad del mundo que ahora afrontamos debe ser abordada con un sistema de gobernanza igualmente complejo. En lugar de controlar los mandos de la política, la misión del político progresista del futuro es crear plataformas y espacios de manera que la gente pueda cambiar las cosas por sí misma. Este rol es más humilde, pero resulta esencial y totalmente viable en una sociedad en red en la que internet se ha erigido en principal nexo de la cultura humana. Los socialdemócratas tienen que verse a sí mismos como una parte más de alianzas progresistas mucho más amplias por el cambio -no como únicos depositarios de la sabiduría y la acción-, al servicio de las necesidades de la sociedad civil, en lugar de ver a la gente como masa electoral para que ellos puedan gestionar el estado. Los partidos deberán ser realmente democráticos, haciendo el poder más local y formando plataformas de colaboración en torno a cuestiones como la energía renovable, las finanzas y los nuevos medios. La piedra de toque de este salto cultural es si optan por la representación proporcional.

Y en cuarto lugar, a partir de todo ello los socialdemócratas tendrán que encontrar e impulsar una nueva oleada, su acción por el cambio. Esto es más que un simple bloque electoral. Es una alianza de clases, fuerzas y movimientos que construirán y apoyarán la transformación hacia una sociedad más justa. Es el arte de la política.

¿Renovación o sustitución?

Esto no supone dar por completamente amortizado al laborismo. Hay algunos buenos parlamentarios como Jun Cruddas, Lisa Nandy, John McDonnell, Steve Reed, Jon Trickett o Clive Lewis, que tienen cierta noción del foso en que está metido el partido. Pero el lazo del materialismo, nacionalismo, tribalismo y centralismo que aprieta el cuello socialdemócrata no se aflojará porque esos son los rasgos que definen lo que es ser socialdemócrata.

La Edad de Oro de la socialdemocracia fue fruto de su tiempo. Constituyó una era de jerarquías, elites, mando y control. La intención era buena y se hicieron algunas cosas positivas. Pero los medios siempre condicionan los fines. Hizo cosas a la gente y no con o por ella. Su capacidad de configurar una sociedad justa estuvo por ello siempre limitada y abierta a una regresión populista e individualista, tal como ocurrió cuando los neoliberales barrieron con todo lo que se encontraron por delante.

Hoy estamos en la cúspide de una nueva era. Es muy polémica y alberga tantos retos como oportunidades. Pero la emergente sociedad en red del s. XXI conlleva la posibilidad de atraer y de emprender vías más igualitarias y democráticas de pensar y actuar. En este mundo los medios y los fines se pueden combinar por parte de personas que asumen el control colectivo de su destino.

Hubo un tiempo en que la socialdemocracia se apoderó de la imaginación popular nacional porque el capitalismo no funcionaba; aquella usó el espíritu burocrático de su época para hacer factible una sociedad mejor. Ahora, el capitalismo está volviendo a fallar. Se intuye una nueva Edad de Oro. Es el momento de moldear la modernidad, su apertura, horizontalidad y conectividad en función de valores profundamente sociales y radicalmente democráticos.

Si Kier o Kiera Hardy⁷ fuera a fundar un partido para hacer un siglo XXI social y democrático no se parecería en nada al Partido Laborista. ¿Pueden cambiar el laborismo y otros partidos socialdemócratas? ¿O serán sustituidos? Por un lado, los augurios no son buenos. El sectarismo y la arrogancia del laborismo están muy arraigados. Aunque también es cierto que las organizaciones pueden reinventarse. Pero esta vez se necesita algo más que una vuelta a la era de Blair o la continuidad de Corbyn: un salto cultural hacia el siglo XXI. Podría ser un mundo asombroso de conectividad, solidaridad y abundancia, un nuevo amanecer y una nueva Edad de Oro; una socialdemocracia no para el pueblo sino por el pueblo. ¿Entenderán los socialdemócratas el espíritu de estos nuevos tiempos y formarán parte de él?

Neal Lawson, comentarista político y presidente del grupo de presión Compass. Publica artículos periódicamente en the Guardian y the New Statesman.

⁷ **James Keir Hardie** (15-8-1856–26-9-1915). Minero, pronto llegó a ser un organizador sindical. Su liderazgo en la fallida huelga de 1881 en las minas de Ayrshire impresionó de tal manera a los propietarios de las minas que éstos hicieron importantes concesiones por temor a conflictos laborales futuros. Habiendo ganado el escaño parlamentario de West Ham South como independiente en 1892, fue uno de los fundadores del [Independent Labour Party](#) (ILP) en 1893. En 1900 formó el Comité de Representación Laborista basada en los sindicatos, que pronto adquirió el nombre de Partido Laborista, al cual más adelante se uniría el ILP.